

LOS VATES DEL FERIADO

Oscar Oszlak

Este artículo fue publicado en 1990, cuando se cumplía un nuevo aniversario del fallecimiento del General San Martín, pero pudo haber sido escrito años antes o años después, lo mismo da. En este sentido, el ensayo no tiene una vinculación temporal precisa, porque alude a un tipo de discursador especializado en temas patrios que aún no hemos erradicado totalmente de nuestras instituciones, aunque hemos conseguido algún progreso al respecto.

Para quien quiera rastrear la fuente de inspiración del trabajo, lo remito a un discurso pronunciado, creo que en 1980, por el entonces presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, en ocasión del día del Libertador. El texto fue publicado casi íntegramente en el diario La Nación. No había chance, en esa época, de practicar a través del ensayo, el sacrilego ejercicio de humanizar a nuestros héroes patrios, de bajarlos del pedestal en el que los había colocado la historia oficial y en el que probablemente ellos no hubieran elegido estar. No era posible desmenuzar públicamente (es decir, a través de la prensa) los discursos patrios, porque éstos no estaban destinados a ser entendidos por la racionalidad de sus contenidos sino por la pura evocación instantánea de un sentimiento de nacionalidad que el autoritarismo se preocupó sistemáticamente de promover para sustituir, como fuente de identidad social, la noción de ciudadanía por la de nación.

*Aunque el artículo publicado fue visiblemente mutilado respecto del texto enviado a *Página 12*, aquí se lo presenta en su versión original.*

Las fiestas patrias producen una singular estratificación "ocupacional", especialmente cuando coinciden con fines de semana "largos". Una inmensa mayoría se dedica al llamado "ocio reparador", nombre debido quizás a que muchas amas de casa aprovechan para "reparar" la ropa de los chicos y muchos hombres de la casa para vérselas con picaportes, enchufes y grietas. Para ellos, la festividad es un número rojo en el almanaque, un día en que no se labura porque alguien nació, creó, luchó o murió. En verdad, no sabemos demasiado sobre lo que hace esta gran mayoría porque los diarios no se ocupan de ella.

En cambio, los diarios se dedican a otros dos grupos mucho menos numerosos: los turistas de fin de semana y los celebradores del fasto de turno. Sobre los "minituristas", las noticias se limitan a su número, andanzas y esforzados regresos. En cuanto al grupo de auténticos celebrantes, nos enteramos de sus reuniones para rendir los homenajes de rigor, autoconvocados en plazas mayores, cuarteles, buques, bases, hogares policiales y escuelas. Es a estos homenajes -y en especial a sus discursos- a los que quiero dedicar estas reflexiones.

Ceremonias y rituales, celebraciones y aniversarios, son un indispensable factor de integración nacional. El pueblo se reconoce en las hazañas y obras de sus prohombres y su exaltación despierta sentimientos de identificación y destino común. Cantar el himno en Roma durante la disputa del Mundial de Fútbol, como contrapunto a la rechifla de la

hinchada local, debió ser seguramente una emotiva experiencia de comunión con la patria lejana. No tengo nada contra estos rituales.

El problema son los discursos. Esos que, cuando chicos, escuchábamos emanar de la aflautada voz de "la Directora", mientras contábamos los minutos para que a la salida nos dieran el chocolatín, premio a nuestro infantil estoicismo. Esos que efluían de labios del presidente del Hogar Policial, mientras pensábamos en la suelta de palomas y la carrera de embolsados. Esos discursos llenos de palabras con sufijos rotundos, como "ción", "dad" y "mente" y de términos altisonantes y pomposos, como "pervivencia", "liminar" o "egregio". Discursos que permiten llenar las páginas de los diarios en un día en que la noticia no es noticia.

¿Quién no intentó alguna vez emular a estos vates del feriado, escribiendo composiciones cargadas de pliegues, jirones, carros triunfales y altas dosis de arrojo? Pero pocas nos detuvimos a hurgar en los meandros discursivos de sus mensajes, en la estructura lógica de su prosa barroca. Es que hemos desarrollado una especie de condicionamiento reflejo que hace que al escuchar esos discursos, prestemos más atención a su música que a su letra. A tal punto, que si de pronto la métrica y la cadencia se modificaran, si la voz del orador se cargara verdaderamente de mensaje y empezaran a brotar de su boca palabras sencillas y sensatas, creeríamos que lo que nos llega nos es un discurso "patriótico". Es como si esos discursos estuvieran destinados más a ser interpretados que pronunciados, como esas oraciones latinas de una liturgia que pocos entienden.

Releyendo un discurso alusivo a un nuevo aniversario de la muerte del Gral. San Martín, publicado hace una década atrás por uno de los diarios "serios" del país, descubrí una de esas típicas y laberínticas piezas oratorias con las que se intenta exaltar nuestro pasado.

Naturalmente, no caben en textos como éstos las remanidas referencias al cruce de los Andes o al arrojo de Cabral. Se trata más bien de discursos "filosóficos", con "mensaje", ideales para nuestro ejercicio. Más que recrear mitos históricos -como el de las "niñas pobres" donando sus cadenas de oro para la Campaña de los Andes- la intención es alabar las virtudes y principios rectores de la vida del homenajeado.

Nos enteramos así que San Martín *"supo compadecer la libertad con el orden y la dignidad"*, compleja combinación que, no obstante, se ajusta a lo que hubiéramos esperado de nuestro prócer. La cosa empieza a ponerse realmente difícil cuando nos informan que *"a la justicia la sublimó con la caridad"*. Ojo, no con cualquier caridad. No con la caridad sólo como *"virtud teologal por excelencia"* (debe haber otras que no lo son *"por excelencia"*), sino *"también dentro de la concepción aristotélica de la amistad"*, ¡eh! ¿Qué tal? Antes de que tengamos tiempo de reponernos (reconozcamos que con esta frase nos agarraron desprevenidos) y lleguemos siquiera a arañar lo que se nos quiso decir, nos agregan que *"libertad, dignidad, orden, justicia y amor al prójimo"* son los principios *"que caracterizan, esa, para algunos aparente abstracción, que es nuestra tradicional filosofía de vida"*. Es decir -por fin entendimos algo-, para el disertante nuestra tradicional filosofía de vida no es una abstracción aparente sino una abstracción real. ¡Ajá!

Aunque esta comprobación no deja de llenarnos de cierta perplejidad, continuamos nuestra lectura no sin antes sortear nuevos gongorismos. A poco de andar, tropezamos con la novedad de que hoy puede darse *"fé cierta de la pervivencia de ese cuerpo de verdades doctrinales de candente y acuciante vigencia dentro de la problemática ecuménica de nuestros días"*. Nuevo ejercicio comparativo, aunque esta vez más difícil por cuanto debemos referirlo al tiempo y a la humanidad entera. Por lo de ecuménico, ¿me siguen?

Más adelante, el discurso entra de lleno en el inevitable panegírico sobre las virtudes del Libertador. Entre ellas, la "*prudencia*", que esta vez además de virtud cardinal y política es, "*de suyo, la facultad de orientarse en la historia*" (¿no será la historia de orientarse en la facultad, o la orientación que faculta la historia, o...?). Además, la "*estabilidad emocional*", que junto a la anterior le permitieron decidir su supremo renunciamento. Así, aprendemos, "*San Martín no marchó hacia el tan mentado ostracismo por simple adoración a un mandato ético, sino que disponiendo por cierto de tal cualidad (¿adorar los mandatos éticos?), se excluyó voluntariamente, sin hesitar...*" A partir de este punto dramático, un **finale brioso** nos derrama una catarata de frases laudatorias donde se destacan su "*vocación de servicio*", "*virilidad*", "*hombria cabal*", condición de "*primus*" de la historia universal, "*personalidad ejemplar*", "*austera y severa norma de conducta*", "*excelencia de su pensamiento filosófico*" y "*permanente vigencia de su concepción política*" (¿?), sin olvidar que todo ello lo logró a pesar de su "*valetudinaria salud*".

A qué seguir reflexionando. San Martín vivió 72 años, pese a su "valetudinaria" ("quebrantada", "enfermiza", **vide** Espasa-Calpe) salud. Fue sin duda nuestro héroe máximo. Le debemos nuestra independencia y el ejemplo de su vida austera y de servicio a su patria. No se conocen sus discursos, sino sus sencillas máximas (como "serás lo que debas ser o si no no serás nada"). Esas dirigidas a los sencillos ciudadanos de esta tierra para que puedan entender su mensaje. A esos ciudadanos que, en su aniversario, se dedican al "ocio reparador", en lugar de vestir de gala a una sanata que cada 17 de agosto hace estremecer en su sepultura al espíritu del Libertador.